

***Palabras del Decano de la Facultad de Medicina en el homenaje al Prof. Jorge Dighiero en el 10° aniversario de su muerte. Octubre, 1988.***

No estaba aquí cuando él murió.

Quizás por eso –tal vez- no haya experimentado todo aquello que es necesario sentir para asumir, realmente, en toda su plenitud, que alguien ha muerto.

Quizás, también, porque los contenidos primarios y superficiales de la muerte son tan ajenos a los rasgos esenciales de su temperamento, a los atributos más propios de su personalidad.

Quizás, por fin, porque me defendí inconscientemente de la injusta realidad lejanamente relatada y no quise creer que fuera cierta, que el amigo ya no estuviera aquí, y la negué.

Cuando recuperamos responsabilidades y tareas, todos sentimos que no podíamos recurrir a su generosidad, tan pródiga como necesaria.

Que no estaba él para impulsar, para emprender, para colaborar. Tales son los verbos que ardientemente conjugó toda su vida.

Sentimos que nos hacían falta tanto su sabiduría como su acto humilde y llano de trabajador, en la restitución de un proyecto de desarrollo de la cardiología que quedó trunco, mutilado, desnaturalizado.

Sentimos que quedaba su lugar vacío en la recuperación de un Hospital, de una Facultad y de una Universidad que él tanto contribuyó a gestar y a transformar.

También hacían falta al Sindicato, al militante, y al país, el ciudadano.

Dighiero médico, docente, universitario, gremialista y ciudadano no son títulos que valoremos como mérito acumulado, como riqueza bien habida.

En él fueron, más bien, instrumentos para la transformación y para la creación de nuevas realidades.

No me imagino a Dighiero preocupado por títulos, lo siento constantemente preocupado por el quehacer.

Por largos años la jefatura del “Laboratorio cardio-respiratorio” de este Hospital –como se llamaba lo que es hoy Departamento de Cardiología- correspondió a un “grado 4”. Creo que Dighiero nunca se preocupó por eso. Su cargo de Profesor Agregado lo había obtenido en el último concurso de oposición que dio acceso a ese rango. Lo había obtenido para trabajar. Había aprendido las reglas del trabajo indeclinable en la clínica de su maestro Piaggio Blanco.

Ésas eran las preocupaciones de Dighiero. Hacer, promover, desarrollar: en la Cardiología, en el Hospital, en la Universidad. Esos fueron los motivos centrales de sus inquietudes, los estímulos desencadenantes de la acción.

Por trabajar y ser digno, mereció los honores sufridos de la dictadura y la intervención.

Las constancias en su legajo personal por protestas reiteradas y por irreverencia, así como por no acceder a ocupar cargos que el interventor le ofrecía, los pretendidos cuestionamientos a su decencia, todos ellos son -por corrección natural de su signostimonios de su dignidad y su honor.

Cuando alguien hace de la vida una fuente inagotable de servicio, como lo hizo Jorge Dighiero.

Cuando alguien hace de su conducta una lección permanente de limpieza y transparencia, como -sin proponérselo y por ejercicio natural de sus actos- lo hizo Dighiero.

Cuando se tiene fuerza y dignidad para enfrentar la adversidad, la arbitrariedad y la prepotencia como los tuvo él, entonces, aún involuntariamente -sin proponérselo, decía- el hombre va dejando su vida en otra vida, va entregando su ser individual a pluralidades trascendentes, y aunque haya muerto estará siempre presente aquí.

Decía, al inicio, que no fui testigo de su muerte pero ahora reflexionando a la distancia y con perspectiva adecuada, compruebo que mi confusión era razonable. En todo cuanto se esté haciendo por recuperar este Departamento, por fortalecerlo técnica y científicamente, por hacerlo cada vez más útil al paciente y a la sociedad; en cada iniciativa fecunda y en cada acto humilde de servicio a los demás, es posible comprobar que Dighiero sigue vivo entre nosotros, y así será para siempre, en tanto seamos cultores de su misma dignidad.

**Pablo V. Carlevaro**